

18. EL APÓSTOL VIAJERO

En el tiempo del estudio de Pablo en Jerusalén, la cultura griega ocupaba parte del *curriculum*, sobre todo para los escolares que dedicaban atención a la cultura grecojudía. De hecho el relato de Hechos 6,1; 9,29 alude a la presencia de “helenistas” en Jerusalén. En las cartas se advierte una mezcla de escritura en griego con reminiscencias semíticas, por lo cual el estilo de Pablo se acerca al estilo de los autores de los *midrashîm*, comentarios bíblicos típicos del rabinismo.

El problema de la formación literaria y teológica de san Pablo sigue discutiéndose muy vivamente, porque de la combinación de esos dos factores – judaísmo rabínico y cultura helenista – depende también la interpretación del giro ideológico que san Pablo imprimió al cristianismo. El griego fue desde su infancia en Tarso, la lengua materna de san Pablo. La cultura griega la asimiló seguramente en una escuela judía, en la que los textos utilizados eran preferentemente las versiones griegas de la Escritura, como la de los Setenta, que dominaba con facilidad. Por eso el léxico de las cartas tiene escasa semejanza con el lenguaje literario de los autores clásicos. Sin duda llegó a dominar también la “lengua sagrada”, el hebreo, la lengua de la Escritura y de la liturgia, y el arameo, la lengua popular en Palestina.

Tarso era una ciudad de posición privilegiada, entre Siria y Asia Menor. Contaba en aquel tiempo con una población numerosa, 300.000 habitantes según una estimación, quizá muy generosa. Era una ciudad interesada por la cultura, como dice el geógrafo del siglo I, Estrabón: “Los habitantes de Tarso sienten tanta pasión por la filosofía y tienen un espíritu tan enciclopédico que su ciudad ha acabado por eclipsar a Atenas, a Alejandría y a todas las otras ciudades famosas por haber dado origen a alguna secta o escuela filosófica ... Lo mismo que Alejandría, Tarso tiene escuelas para todas las ramas de las artes liberales. Añadid a esto la cifra tan elevada de su población y la notable preponderancia que ejerce sobre las ciudades circundantes y comprenderéis entonces cómo puede reivindicar el nombre y el rango de metrópoli de Cilicia” (*Geographia*, XIV,V,13). Entre los famosos de la ciudad destaca Arato (s.III a.C.) del que Pablo cita una frase en el discurso en el Areópago: “Sí, estirpe suya somos” (Hechos 17,28).

Ateniéndonos a los datos del libro de los Hechos, Pablo fue un gran viajero: por dos veces viajó desde Jerusalén a la costa occidental de Turquía pasando por Antioquía. Un cálculo aproximado de las distancias revela que el viaje por tierra desde Jerusalén a Antioquía de Siria exigiría cuatro semanas para recorrer los 600 km y seis semanas para el recorrido (770 km) desde Antioquía de Pisidia, en Turquía Central, hasta Tróade, en la costa occidental, puerto de embarque hacia Europa. El viaje por mar desde Tróade hasta Filipos llevaba tres días. Desde Filipos a Tesalónica y Atenas (260 km), tres semanas. En general, Pablo hizo estos viajes a pie y se calculan de 20/24 km por jornada, unos 160 por semana.

Pablo resume el esfuerzo de su vida asendereada: “Tres veces he naufragado y pasé una noche y un día en alta mar. Cuántos viajes a pie, con peligros de ríos, peligros de bandoleros, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en despoblado, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos, trabajo y agobio, sin dormir muchas veces, con hambre y sed, a menudo sin comer, con frío y sin ropa” (2 Corintios 11,26-27).

Tanto viaje fue posible gracias a la red de calzadas romanas, construidas en principio para la marcha de las legiones, y también gracias a la hospitalidad que los viajeros daban por segura en muchos lugares. Además de las posadas públicas, *mansiones*, situadas una de otra a la distancia de una jornada de camino, y los lugares de cambio de los animales de tiro, *mutationes*, Pablo y sus compañeros podían contar con el hospedaje de transeúntes que existía anejo a casi todas las sinagogas.

El viaje por mar resultaba por demás incómodo, pues los viajeros se veían apiñados en un mismo lugar y dependían de las raciones de comida que ellos mismos se habían procurado en el punto de partida o en los lugares de tránsito. La descripción del azaroso viaje desde Cesarea a Roma (Hechos 27), aunque ofrezca algunos detalles históricamente menos creíbles, es un relato clásico de un viaje por el Mediterráneo en el siglo I d.C.

La importancia que el libro de los Hechos atribuye a la acción de Pablo corresponde a la empresa que “el Apóstol de las Gentes” se fijó a partir de la ruptura con sus primeros compañeros, Bernabé y Marcos. Pablo consiguió que la pequeña secta cristiana surgida como una más dentro del judaísmo se transformara en una comunidad religiosa atractiva para los convertidos de cultura griega, pero cada vez más alejada de las formas del judaísmo que lograría sobrevivir a las sublevaciones antiromanas de los dos primeros siglos. Rota la dependencia de las comunidades cristianas de Antioquía y Jerusalén, Pablo fijó dos nuevas bases de operación independientes del cristianismo palestino: Éfeso y Corinto, dos centros neurálgicos de la presencia romana en Oriente. Este cambio de escenario tendría dos consecuencias decisivas para la difusión del cristianismo: el movimiento hacia Occidente que llevaría a Pablo hasta Roma y, al menos en intención, “hasta el fin del mundo” entonces conocido, y la redacción de cartas que mantuvieron una relación viva con las iglesias de la región del Egeo. Los ocho años que duró esta misión fueron decisivos para dar al cristianismo una fisonomía tan nueva que para muchos Pablo merece con razón ser considerado “el segundo fundador del cristianismo”. Este título que algunos le atribuyeron como remoquete negativo (segundo fundador como traidor del cristianismo auténtico propuesto por Jesús), es en realidad título de gloria ya que Pablo se mantuvo firme en el propósito de no dejar que los convertidos de cultura griega fueran absorbidos por el judaísmo, para lo cual les ofreció la primera reinterpretación a fondo de los principios de la fe cristiana.

La reinterpretación comenzó por el cambio de personalidad que Pablo llevó a cabo. Es cierto que siguió reconociendo que sus raíces culturales y religiosas estaban “en el judaísmo” (ἐν τῷ Ἰουδαϊσμῷ, Gálatas 1,13), al cual defendió con la pasión de un celoso fariseo. Pero era una fase superada, considerada ya como basura, como excrementos, σκύβαλα (Filipenses 3,8). Pablo repudiaba así el tipo de judaísmo fariseo que le alentó en su cruzada anticristiana. El distanciamiento del judaísmo como matriz étnico-religiosa se ve cuando se busca una definición del ser judío más allá de los determinantes carnales. “No es judío el que lo es externamente, ἐν τῷ φανερωῷ, ... en la carne, ἐν σαρκί, ... Es judío quien lo es en lo oculto, ἐν τῷ κρυπτῷ, ... en el espíritu”, ἐν πνεύματι (Romanos 2,28-29). Sin atenerse al judaísmo cultural y étnico, Pablo siguió considerándose judío fiel a la línea de religiosidad interior que ya asoma en los profetas. Se diría que Pablo superó la consideración de su judaísmo como fijación étnica y lo redujo a una calificación de un modo de conducta: “me he hecho judío con los judíos, para ganar a los judíos” (1 Corintios 9,20). El judaísmo se presenta así como una forma de vida religiosa accesible a toda persona, sin ninguna preferencia o parcialidad de Dios respecto de los étnicamente judíos. Seguir insistiendo en los motivos de la elección de Israel – hebreos, israelitas, descendientes de Abrahán – no tiene sentido y es pura fantasía o locura (2 Corintios 11,22). Solamente en Gálatas 2,15 Pablo se considera al mismo nivel que Pedro como “judío de nacimiento”, φύσις, pero es una apropiación retórica a fin de fijar la argumentación de tú a tú. La afirmación de su condición de judío ante el tribuno romano (Hechos 22,3) y ante la multitud en el Templo de Jerusalén, responde solamente a los datos de la cédula de identidad. Pablo no tiene dificultad en afirmar su doble identidad de judío y ciudadano romano. Aunque afirme su nueva identidad como cristiano, recordemos que el judaísmo permite vivir una “doble identidad” y por eso, incluso cuando se afirma rotundamente cristiano, no podrá impedir que asome de alguna forma sutil su identidad original como judío. El fondo judío, que Pablo no logró nunca borrar, aparece en las contorsiones teológicas para no dejar de lado a su pueblo, cuya suerte le tocaba de cerca y por eso soñaba en su integración final en la Iglesia (Romanos 11,25-32).

Dejando su lugar vital dentro del judaísmo, Pablo repite que, a partir de su vocación como apóstol, ahora se sitúa “en Cristo”, ἐν Χριστῷ (ochenta y tres veces en todo el epistolario paulino) o “en el Señor”, ἐν Κυρίῳ (cuarenta y siete veces). Son expresiones equivalentes al término “cristiano” que Pablo no utiliza refiriéndose a él mismo, pero que el rey Agripa entiende como aceptación del mensaje de Pablo: “por poco me convences para que me haga cristiano” (Hechos 26,28). A partir de la conversión, “muerto a la Ley” (Gálatas 2,19), Pablo se definiría como un “hombre cristiano”, ἄνθρωπος ἐν Χριστῷ (ver 2 Corintios 12,2). El ser cristiano determinaba para Pablo su estado, sus valores, su identidad. La pertenencia a la comunidad cristiana significaba entrar a formar parte de un

grupo que podía ser definido como cuerpo de Cristo, concebido como un nuevo contexto social (Romanos 12,3-8).

Junto a la definición de su ser “en Cristo”, Pablo afirma en el encabezado de las cartas su condición de “apóstol” (Romanos 1,1; 1 Corintios 1,1; 2 Corintios 1,1); Gálatas 1,1; Colosenses 1,1). En el encabezado de la carta a los Gálatas la afirmación tiene un tono reivindicativo: “apóstol no de parte de hombres ni por mediación de ningún hombre, sino por Jesucristo y Dios Padre, que lo resucitó de entre los muertos” (Gálatas 1,1). En el fondo resuena la defensa de su misión independiente tanto de la comunidad de Jerusalén como de la de Antioquía. Su vocación al apostolado no es de categoría inferior a la de los “anteriores” a él (Gálatas 1,17). Es cierto que no cumple el requisito de haber acompañado al grupo de los primeros apóstoles “todo el tiempo en que convivió con ellos el Señor Jesús” (Hechos 1,21), pero su vocación la recibió del Señor resucitado, el cual se le apareció como al resto de los discípulos (1 Corintios 9,1; 15,8-11).

La vocación de Pablo no se orientaba a una evangelización genérica, sino que incluía un destinatario preciso: “Apóstol de los gentiles”, “para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre” (Romanos 1,5). Esta orientación explícita de la misión a los no judíos fue lo que desde el principio le creó problemas a Pablo y lo que provocó la decisión de un apostolado independiente renunciando a la colaboración de Bernabé. Pablo estaba interiormente convencido que sólo de esa forma se preservaba “la verdad del evangelio”, ἡ ἀλήθεια τοῦ εὐαγγελίου (Gálatas 2,5), como oferta de salvación a toda persona sin más condición que la fe en Jesucristo y en el poder de su resurrección (Romanos 1,16).

Pablo se sintió llamado a conseguir nuevos adeptos para la fe cristiana, que desde el principio fue una religión misionera. La fundación de iglesias era función de los apóstoles, a los cuales, como fundadores de las iglesias particulares, les corresponde el primer lugar (1 Corintios 12,28). Pablo (y Apolo) eran en este sentido los apóstoles de la comunidad de Corinto. Andrónico y Junia, “ilustres entre los apóstoles” y que llegaron a Cristo antes que Pablo, son quizá los fundadores de alguna de las iglesias de Roma (Romanos 16,7).